

CUATRO ETAPAS EN LAS RELACIONES ENTRE ECONOMÍA, POLÍTICA Y CIENCIAS SOCIALES

Ricardo F. CRESPO*

SUMARIO: I. *La economía subordinada a la política*. II. *La emancipación de la economía*. III. *La economía dominante*. IV. *La cuarta etapa: un “imperialismo inverso”*. V. *Conclusión*.

La historia de las relaciones entre estas disciplinas se remonta a los tiempos de la Antigua Grecia. Ése fue el momento histórico y el lugar geográfico en los que el hombre comenzó a usar la razón, el *logos*, para explicar la realidad.¹ Alfred Whitehead en su *Introducción a las matemáticas* destaca el “instinto casi infalible [de los griegos] para dar con las cosas en las que vale la pena reflexionar”.² Por su parte, Charles de Koninck dice de los filósofos griegos que “ponderando las cosas más simples y buscando en éstas la base para todo lo que requiere una explicación, mostraron poseer una verdadera sabiduría”.³ Los filósofos presocráticos aplicaron el *logos* especialmente a la *Physis*. Desde Sócrates en adelante, los filósofos buscaron también descubrir la racionalidad de la acción humana. Advirtieron que, en el orden de los actos humanos, esa racionalidad no estaba necesariamente dada, sino encomendada. Por tanto, esa racionalidad no era sólo descriptiva o explicativa, sino también y principalmente normativa.

Dentro de las posibles clasificaciones de “racionalidad” aplicada al campo humano, en este trabajo distingo la racionalidad instrumental o técnica, que es el orden adecuado para adaptar medios a fines dados (que pue-

* Universidad Austral-Conicet.

¹ Cfr., por ejemplo, Durant, Will, *The Story of Philosophy*, Nueva York, Garden City, 1943, p. 6.

² *Introducción a las matemáticas*, trad. Abel Ceci, Buenos Aires, Emecé, 1944, p. 136 (*An Introduction to Mathematics*, Home University Library, 1911).

³ De Koninck, Charles, *The Hollow Universe*, Québec, Les Presses Universitaires Laval, 1964, p. 3.

de ser maximizadora o no), y la racionalidad práctica, que es la lógica de la elección de los fines de las acciones. Tanto la política como la economía son actividades humanas.⁴ Por ello, es de suponer que sus racionalidades deberían tener cierta compatibilidad o convergencia. Pero, justamente debido al carácter libre de la acción, de hecho, esta convergencia puede no producirse. Las racionalidades de la economía y la política han pasado en diversas etapas históricas por momentos de encuentro o desencuentro. Sin embargo, los encuentros no significan sin más que dichas racionalidades convergentes hayan correspondido a la racionalidad adecuada a la naturaleza y función del hombre.

En este trabajo me propongo mostrar cuatro etapas de convergencia o no. En la primera etapa, que es convergente, predomina la racionalidad práctica. En las dos siguientes predomina, en cambio, la “racionalidad instrumental” (concretamente una forma de ésta, la maximizadora, considerada como única forma de racionalidad de lo humano). En el primer periodo la economía estaba subordinada a la política; en el segundo, la economía fue independiente (por lo que no se da convergencia), y en el tercero, la economía subordinada a la política. Finalmente, en el cuarto periodo —que es el actual—, la economía tiende a agregar a su racionalidad instrumental maximizadora otras formas de racionalidad importadas de las restantes ciencias sociales.

Se debe aclarar que, como la mayoría de las periodizaciones, ésta también es imperfecta. Junto a las nuevas ideas, suelen subsistir las antiguas. El trabajo tendrá cuatro partes, correspondientes a las etapas de historia de las ideas mencionadas y una conclusión.

I. LA ECONOMÍA SUBORDINADA A LA POLÍTICA

Si pasamos por alto las referencias sólo históricas o algo desordenadas de Jenofonte y Platón a lo económico, encontramos las primeras líneas sistemáticas escritas sobre esta realidad humana en las obras de Aristóteles. A pesar de ello, la mayoría de los historiadores de la economía desechan el aporte del estagirita a su ciencia o lo consideran sumamente elemental, centrado en la administración de la casa, en el marco de una economía muy primitiva.⁵

⁴ En este trabajo entiendo a la política como la ciencia de los modos de alcanzar la perfección humana en la sociedad, no como una estrategia para mantener el poder.

⁵ Cfr. Schumpeter, Joseph A., *Historia del análisis económico*, trad. de M. Sacristán Barcelona, Ariel, 1971, p. 99, para quien no hay en él más que “un mediocre sentido común” (*History of Economic Analysis*, Londres, George Allen & Unwin, 1954). También entre los historiadores

Sin embargo, al leer cuidadosamente los textos correspondientes, se pueden descubrir enseñanzas perennes acerca de la economía.

Ante todo, se debe señalar que el lugar para el tratamiento de este tema en la obra del estagirita resulta sumamente sugestivo: el libro I de la *Política* y el libro V, sobre la justicia, de la *Ética nicomáquea*. De donde se infiere que el ámbito propio de la economía es el moral y el político.⁶ Aristóteles señala que el fin de la economía es el *eu zen*, la vida buena del hombre, cuyo ámbito es la *polis*. Por ello, está subordinada a la ciencia directiva de la comunidad civil, la política.⁷ Son muchos los autores que señalan esta sumisión de lo económico a los criterios políticos aristotélicos.⁸ Entre ellos, Karl Polanyi señala de modo enfático la inmersión social de la economía aristotélica.⁹

Aristóteles habla habitualmente de *oikonomiké, económica*, que es un adjetivo.¹⁰ Para él, es en primera instancia la administración doméstica, el gobierno de la casa.¹¹ El estagirita sostiene que hay una prioridad temporal de la casa respecto a la *polis*, de la que es parte;¹² esa prioridad no es de naturaleza: esta última corresponde precisamente a la *polis*. Ya al inicio de la *Ética nicomáquea* había señalado la subordinación de la *económica* a la política.¹³ Los capítulos 3 a 11 del libro I de la *Política* contienen su concepción de la *económi-*

esta opinión es generalizada: *cf.*, por ejemplo, Finley, Moses I., "Aristóteles y el análisis económico", *Estudios sobre historia antigua*, trad. de R. López, Madrid, Akal, 1981, pp. 37-64 ("Aristotle and Economic Analysis", *Studies in Ancient Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974.). Finley sostiene claramente que en Aristóteles no hay análisis económico: *cf.* pp. 49 y ss.

⁶ Para un análisis más extenso de esta cuestión, *cf.* mi trabajo "«The Economic» According to Aristotle: Ethical, Political and Epistemological Implications", *Foundations of Science*, 13, 2008, pp. 281-294.

⁷ *Cfr.* *Política* I, 8, 1256b 30-3 y I, 9, 1257b 40-1, 1258a 1. Traducción según la versión de Julián Marías y María Araujo, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1951.

⁸ *Cfr.*, por ejemplo, Barker, Ernest (en su comentario a la traducción de la *Política*, Oxford, Clarendon Press, 1952, iv); Sen, Amartya, *On Ethics and Economics*, Oxford, Basil Blackwell, 1987, pp. 3 y 4, 10; Koslowski, Peter (ed.), *Economics and Philosophy*, Tübinga, JCB Mohr (Paul Siebeck), 1985, pp. 1 y ss., y *The Ethics of Capitalism*, Berlín-Nueva York-Tokio, Springer Verlag, 1996, pp. 22 y ss.

⁹ *Cfr.* Polanyi, Karl, "Aristotle Discovers Economy", en Dalton, G., *Primitive, Archaic and Modern Economics*, Boston, 1971, pp. 67 y ss.

¹⁰ Para un análisis más detallado de las acepciones analógicas de este adjetivo, *cf.* mi trabajo "The Ontology of the «Economic»: an Aristotelian Analysis", *Cambridge Journal of Economics*, 30/5, 2006, pp. 767-781.

¹¹ *Política*, I, 3, 1253b 1-3.

¹² *Cfr. Ibidem*, I, 2, 1253a 19-20 y I, 3, 1253b 1-3.

¹³ *Cfr. Ética nicomáquea*, I, 1, 1094a 1-18. Para la traducción al castellano uso la edición bilingüe: trad. de María Araujo y Julián Marías, 6a. ed., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994.

ca. La casa griega se compone de personas y posesiones. Entre las primeras están el dueño de casa, su mujer y sus hijos; entre las segundas, los esclavos —“posesiones animadas”— y las riquezas. Estas partes dan origen a tres relaciones reguladas por la *económica*: “la heril [*despotike*, donde hay que incluir también la que llama crematística], la conyugal... y la procreadora”;¹⁴ “el gobierno de los hijos, de la mujer y de toda la casa, que llamamos administración doméstica [*oikonomiken*]”.¹⁵

Sin embargo, hay otro sentido de la *económica* más dilatado. Ésta no es sólo administración de la casa, sino también de la *polis*. Pero en este ámbito, la *económica* se ciñe, dentro de sus elementos antes mencionados, a su relación con las riquezas. Posee una parte por la que “tiene a mano, afirma Aristóteles, o se procura para tener a mano, los recursos almacenables necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil [*koinonian poleos*] o doméstica”.¹⁶ “Ambos —dice el estagirita— [el administrador de la casa y el político] tienen que contar con recursos”.¹⁷ Agrega: “el conocimiento de estas cosas [las gestiones económicas] es útil también para los políticos, pues muchas ciudades están tan necesitadas de recursos y de negociar para procurárselos como una casa o más todavía”.¹⁸

Es en el marco de la distinción entre *económica* y crematística, donde quedan mejor aclarados los significados de uno y otro término. La *económica* es el uso de lo necesario para la vida y la vida buena en la casa y la ciudad, mientras que la crematística es la adquisición de esas cosas,¹⁹ “ya que sin las cosas necesarias son imposibles la vida y el bienestar [*eu zen*]”.²⁰ La *económica* sólo puede estar orientada al bien: no es *económica* si no es moral. En cambio, la crematística tanto puede ser parte de la *económica* —una crematística limitada—, como buscar como fin las mismas riquezas de modo ilimitado, sin referencia alguna a la vida buena. La primera es “aquella en virtud de la cual la economía tiene a mano, o se procura para tener a mano, según citaba antes, los recursos almacenables necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil o doméstica”,²¹ y la segunda es aquella “para la cual no

¹⁴ *Política, cit.*, I, 3, 1253b 9-10.

¹⁵ *Ibidem*, III, 6, 1278b 37-8.

¹⁶ *Ibidem*, I, 8, 1256b 12-4.

¹⁷ *Ibidem*, I, 10, 1258a 19-21.

¹⁸ *Ibidem*, I, 11, 1259 a 33-6.

¹⁹ *Ibidem*, I, 8, 1256a 11-12.

²⁰ *Ibidem*, I, 4, 1253b 24-25. La traducción de *eu zen* por bienestar es claramente defectuosa.

²¹ *Ibidem*, I, 8, 1256b 27-30.

parece haber límite alguno de la riqueza y la propiedad”.²² De lo dicho surge que la *económica* está comprendida en el campo de la *práxis* aristotélica, mientras que la crematística en el de la *poiesis*. Consecuentemente, el hábito de los actos propios de la *económica* es una virtud,²³ mientras que el de la crematística una *techne*;²⁴ a su vez, el saber acerca de la *económica* es ciencia práctica,²⁵ y el de la crematística, en cambio, poiética.

La *techne*, dice Aristóteles, tiene un número limitado de instrumentos o medios;²⁶ en cambio, es ilimitada respecto a su fin: “se proponen conseguirlo en el más alto grado posible”.²⁷ Cuando el fin, en vez de ser la vida buena de la persona y de la *polis*, es el dinero y los recursos, el arte crematístico se independiza de la *económica* y se convierte en “censurado”.²⁸ La crematística subordinada es natural, limitada y necesaria;²⁹ la censurada, en cambio, es fruto de cierta experiencia y técnica, ilimitada e innecesaria.³⁰ La primera persigue su fin a través de los recursos o riquezas, mientras que la segunda sólo busca el aumento de esos instrumentos.³¹ Como ambas usan el mismo medio (el dinero), advierte Aristóteles, es muy fácil confundirse y transformar ese medio en fin. La búsqueda de lo necesario, un criterio de necesidad, queda superado por un criterio de maximización, que será típico de la economía neoclásica. Sin embargo, sigue el filósofo, los bienes externos tienen un límite, como todo instrumento, y “todas las cosas son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente”.³²

²² *Ibidem*, I, 9, 1257a 1.

²³ Aristóteles habla de la prudencia económica en la *Ética nicomáquea*, *cit.*, VI, 8, 1141b 31. Allí tiene el sentido de virtud de la prudencia —“disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno para el hombre” (*Ética nicomáquea*, VI, 5, 1140b 20-21)— aplicada al ámbito doméstico.

²⁴ Así lo ven Barker, Ernest, *op. cit.*, p. 18, nota E) y Newman, W. L., *The Politics of Aristotle*, Oxford, Clarendon Press, 1951, t. I, p. 126, nota 3.

²⁵ Son de esta opinión el mismo Newman, *op. cit.*, p. 133; Natali, Carlo, “Aristotele e l’origine della filosofia pratica”, en Pacchiani, Claudio, *Filosofia pratica e Scienza Politica*, Padova, Francisci Editore, 1980, pp. 115 y ss.), y Koslowski, Peter, *op. cit.*, pp. 1-3.

²⁶ *Cfr. Política*, *cit.*, I, 8, 1256b 34-7.

²⁷ *Ibidem*, I, 9, 1257b 26-7.

²⁸ *Ibidem*, I, 10, 1258b 1.

²⁹ Es natural en un doble sentido: en cuanto que se surte de productos naturales, y en cuanto que su naturaleza consiste en la adquisición de lo necesario.

³⁰ *Cfr. Política*, *cit.*, I, 9, 1257a 4-5.

³¹ *Ibidem*, 1257 b 36-8.

³² *Ibidem*, IV, 1, 1323b 7-10.

¿Cuál es la causa de esta confusión? La ilimitación [*apeiron*] del apetito en la búsqueda de los medios, responde el estagirita.³³ La insubordinación de la crematística respecto a la *económica* responde a la del apetito respecto a la razón. Los que no buscan vivir bien, sino sólo vivir, se dejan guiar por el deseo de los placeres corporales, que parecen depender de la posesión de bienes, y se dedican por completo a los negocios.³⁴ Se confunde la búsqueda de la mayor felicidad, con la de las mayores riquezas. Esto conduce, como señala Polanyi, a una escisión entre un principio de uso (el económico en sentido clásico) y uno de ganancia (económico en sentido moderno y crematístico en sentido clásico), que ocasiona un divorcio entre los móviles económicos y los fines sociales.³⁵ “Aristóteles”, afirma Polanyi, “intuyó en el germen el espécimen completamente desarrollado”.³⁶ Agrega: “la famosa distinción, que [Aristóteles] observa en el capítulo introductorio de *La política* entre la economía propiamente dicha y la adquisición de dinero o crematística es probablemente la indicación más profética que se haya hecho nunca en el campo de las ciencias sociales”.³⁷ En realidad, Aristóteles tenía motivos para esta intuición, pues fue lo que pudo observar en su época. En efecto, después de la guerra del Peloponeso sobrevino una crisis política y económica en Grecia en la que pudo ver a la crematística censurada en acción. Sin esa experiencia no pudo haber hecho la siguiente afirmación en *La política*:

Así ha surgido la segunda forma de crematística porque al perseguir el placer excesivo procuran también lo que pueda proporcionar ese placer y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, es decir por medio del dinero, lo intentan por otro medio usando todas sus facultades de un modo antinatural; lo propio de la valentía no es producir dinero sino confianza ni tampoco es lo propio de la estrategia ni de la medicina cuyos fines respectivos son la victoria y la salud. No obstante algunos convierten en crematística todas las facultades como si el producir dinero fuera el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin.³⁸

³³ *Ibidem*, I, 9, 1258a 2 y ss.

³⁴ *Ibidem*, I, 9, *in fine*.

³⁵ Cfr. Polanyi, *La Grande Transformation*, trad. C. Malamoud, M. Angeno, París, Gallimard, 1983, p. 85 (*The Great Transformation*, Nueva York, 1944).

³⁶ Polanyi, *op. cit.*, “Aristotle discovers...”, *op. cit.*, pp. 67 y 68.

³⁷ Polanyi, *La Grande...*, *op. cit.*, p. 84.

³⁸ *Política, cit.*, I, 9, 1258a 6-14.

Es decir, a pesar de que lo propio de la medicina es la salud, la medicina se convierte también en una forma de crematística; a pesar de que lo propio de la estrategia sea la victoria, también la guerra se convierte en un instrumento. Es decir, todo se tiñe de la intención de “producir dinero”.

Como en otros campos, la perspectiva del estagirita ha perdurado muchos siglos. Durante toda la Edad Media, las escasas referencias a lo económico acuden con frecuencia a estos textos de Aristóteles. En cualquier caso, la economía sigue estando subordinada a la política. Ya entrada la Edad Moderna, Adam Smith, considerado el fundador de la economía, la trata como ciencia práctica: “una rama de la ciencia del político o del legislador”.³⁹

Incluso, cuando ya tiempo antes la economía comenzó a delimitar más claramente su ámbito, recibió el nombre de “economía política”, lo que denota la esencial inmersión de lo económico en el ámbito de lo político, tal como fue concebida en aquellos comienzos. Según afirman los historiadores, quien primero usó el término “economía política” fue el francés Antoine de Montchrétien, en su *Traité de l'Économie Politique* de 1615. De allí en más y hasta el siglo XIX, la economía política fue la disciplina que estudiaba la economía de una nación, formando parte aún de ese conjunto más amplio de ciencias de la sociedad y el gobierno antecesoras de las modernas ciencias sociales y políticas. Éste fue, en efecto, el sentido habitual de la “economía política” en la mayoría de los economistas clásicos ingleses. En esta etapa, entonces, las racionalidades política y económica convergen. Se da un predominio de la racionalidad práctica sobre la racionalidad técnica: mandan los fines sobre los medios. Sin embargo, ya se estaba gestando desde hacía mucho tiempo un proceso más profundo que terminaría por llegar a la economía. Es materia de la próxima sección.

II. LA EMANCIPACIÓN DE LA ECONOMÍA

Con la expresión “un proceso más profundo” me refiero a la reducción de la razón práctica o moral a razón técnica operada a partir del siglo XVII. Para David Hume, la razón no puede ser razón práctica sino sólo técnica. La virtud y el vicio son objetos del sentimiento (*feeling*), no de la razón. Según él, la razón no puede producir acción alguna; es la pasión la que mueve a actuar. Por tanto: “La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones, y

³⁹ *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Encyclopaedia Britannica Inc., 1952, p. 182 (Book 4, Introduction).

no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”.⁴⁰ La pasión determina los fines y la actividad racional consiste en acomodar los medios a esos fines; es decir, la razón es sólo razón instrumental.

La tradición inglesa registra antecedentes previos a Hume en este sentido. Por ejemplo, para Francis Hutcheson (1694-1746), los fines de nuestros actos nacen de una serie de inclinaciones. La razón sólo interviene luego; es la “sagacidad” para seguir un fin.⁴¹ Dice Hutcheson:

Todo aquello que es deseable en última instancia o bien es propuesto por algún sentido inmediato, o por algún instinto o impulso natural, anterior a todo razonamiento. Es tarea de la razón hallar los medios para obtener lo que deseamos... Esta facultad (el intelecto) juzga acerca de los medios o fines subordinados: pero acerca de los fines últimos no hay razonamiento, pues ninguna opinión o juicio puede mover a la acción, allí donde no hay un deseo anterior de algún fin.⁴²

Para Adam Smith, amigo de Hume, el contenido del bien o el mal se conoce por un sentimiento moral. Escribe Smith: “La razón sólo puede mostrar que este objeto es el medio para obtener algo que es naturalmente placentero o desagradable”, pero “si la virtud, pues, es deseable por sí misma, y si, del mismo modo, el vicio es objeto de aversión, no puede ser la razón la que originalmente distinga esas diferentes cualidades, sino el sentido inmediato y el sentimiento”.⁴³ Es decir, a pesar de que en Smith la economía siga siendo parte de la política, se trata de una política cuyos fines ya no son descubiertos y argumentados por una razón práctica.

El primer economista en sostener claramente la necesidad de separación entre la economía y lo político fue Nassau William Senior, primer profesor de Economía Política de Oxford, desde 1825. Senior pronuncia en 1860 su conferencia presidencial de la Sección F (“Ciencia Económica y Estadística”) de la British Association for the Advancement of Science. Como explica Terence W. Hutchison, “la Sección F tenía que confirmar su respetabilidad científica, y sus merecimientos para formar parte de las mate-

⁴⁰ Hume, David, *A Treatise of Human Nature*, ed. L. A. Selby-Bigge, Oxford University Press (reprinted), [1888] 1968, p. 415 (II, iii, 3).

⁴¹ De *Inquiry*, II, III, XV, citado por Mauri, Margarita, *El conocimiento moral*, Madrid, Rialp, 2005, p. 28.

⁴² De *A Short Introduction to Moral Philosophy*, 1747, y *The System of Moral Philosophy*, 1755, citados por González, Ana Marta, “El *faktum* de la razón”, *Cuadernos de Anuario Filosófico*, Pamplona, núm. 75, 1999, pp. 20 y 21.

⁴³ Smith, Adam, *The Theory of Moral Sentiments*, Indianapolis, Glasgow Edition, Liberty Fund, 1984, VII, III, II, 7 y 8, p. 320.

rias establecidas como ciencias naturales”.⁴⁴ Así, Hutchison dice que Senior “brindó una breve reformulación de su visión ultra-estrecha de la «Ciencia Económica» y de las funciones del economista, según las cuales su materia quedaba confinada dentro de los límites de la ciencia estrictamente «positiva», con un estrecho objeto de estudio económico [la riqueza]”.⁴⁵ Es decir, presionada por la ciencia natural, y siguiendo la tendencia de la reducción de la razón práctica a razón técnica, la economía no es más ciencia práctica y, de este modo, se desvincula de la política y deja de lado características humanas esenciales presentes en el campo económico. Esta escisión de ambas disciplinas y la pérdida del carácter práctico de la economía se consolida en las obras de John Stuart Mill y John E. Cairnes. La economía política, para Cairnes, sólo es explicativa o expositiva de las leyes de los fenómenos relacionados con la riqueza, y es neutra respecto a los sistemas políticos y sus fines: aporta sólo herramientas para valorar dichos sistemas y fines desde un punto de vista limitado.⁴⁶

Con Cairnes estamos en los albores de la de la revolución marginalista en economía y de la teoría económica neoclásica. Al llegar esta última, ya se ha configurado un tipo de razonamiento económico que corresponde a este modelo. En 1875, el hoy casi olvidado economista H. D. MacLeod sugirió bautizar a la economía con el nombre de *economics*.⁴⁷ Los economistas neoclásicos Stanley W. Jevons y Alfred Marshall consolidaron su uso. Los principales motivos de este cambio fueron imitar los métodos exactos y precisos de la Física (*Physics*) y dejar clara la neutralidad valorativa de la ciencia económica. *Economics*, este nuevo nombre la de la ciencia económica, es un término que queda ligado al nacimiento de la teoría neoclásica. Así llegamos a una ciencia económica emancipada de la política que mira como ideal de método y exactitud a las ciencias naturales y que se ocupa sólo de la asignación de medios a fines dados. Considera que sobre los fines lo único que los hombres pueden hacer, al decir de Milton Friedman, es pelear.⁴⁸ No obstante, sigue siendo la ciencia de lo económico el ámbito de lo material,

⁴⁴ Hutchison, Terence W., “Introduction”, en Smyth, R. L. (ed.), *Essays in Economic Method*, Londres, Gerald Duckworth & Co. Ltd., 1962, pp. 9-18.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 13.

⁴⁶ Cfr. Cairnes, John E., *Le caractère et méthode logique de l'économie politique*, París, Giard et Briere, 1912, pp. 29, 31 y 32 (*The Character and Logical Method of Political Economy*) [1875].

⁴⁷ Cfr. Collison Black, R. D., “The Present Position and Prospects of Political Economy”, en Coats, A. W. (ed.), *Methodological Controversy in Economics*, Greenwich-Londres, JAIPress, 1983, pp. 55-70.

⁴⁸ Friedman, Milton, “The Methodology of Positive Economics”, *Essays in Positive Economics*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1953, p. 5.

de la riqueza, del intercambio. La economía es aún la ciencia que estudia el conjunto de las decisiones y acciones dirigidas a la satisfacción de las necesidades humanas mediadas por medios materiales. Es decir, es independiente, pero se ocupa sólo de su campo. Se ha de dar un paso más para llegar a las pretensiones “imperialistas” de una economía dominante. En esta segunda etapa, entonces, se produce una divergencia e independencia entre la racionalidad política, que continúa siendo al menos parcialmente práctica, y la racionalidad económica que es más claramente técnica.

III. LA ECONOMÍA DOMINANTE

Como subraya Sir Ernest Phelps Brown en su discurso presidencial a la Royal Economic Society (Gran Bretaña), el problema de la concepción de la economía concentrada en su campo es doble: debe analizar comportamientos tanto racionales como irracionales, y se ocupa tanto de la asignación de los medios como de la valoración de los fines o preferencias elegidas.⁴⁹ Todas las realidades que caen bajo la rúbrica ordinaria de “económicas”, sin importar que sean racionales o no, inestables, impredecibles, inciertas, relacionadas con los medios o con los fines, con hechos o con valores, deberían considerarse como parte de la ciencia económica, adoptando, en consecuencia, una noción de ciencia diversa de la de ciencia positiva. Para acercarse a esta última, la ciencia económica precisa crear un objeto determinado, objetivo, preferiblemente observable porque la ciencia positiva es un estudio exacto acerca de este tipo de objetos. Requiere evitar el subjetivismo, la introspección, los juicios de valor, y aunque cambiante, necesita fijar el sujeto en un punto determinado. Es decir, la ciencia económica, siendo tensionada por las condiciones propias de las ciencias naturales, tiene que modificar su objeto de estudio para ajustarse a esta visión científica particular.

La clave para “encajar” la acción humana en un marco exacto es considerar los fines (llamados “preferencias” por los economistas) como dados. La estabilidad y el carácter exógeno de las preferencias preparan el terreno para edificar un objeto científico determinado. Como sostiene Lionel Robbins, “a la economía no le interesa en modo alguno ningún fin *como tal*. Se ocupa de los fines en la medida en que afectan la disposición de medios, los toma como proyectados en una escala de valoraciones relativas e investiga qué consecuencias se producen respecto de ciertos aspectos de la

⁴⁹ Phelps Brown, Ernest Henry, “The Underdevelopment of Economics,” *The Economic Journal*, 82, 325, 1972, pp. 1-10.

conducta”.⁵⁰ La economía entonces se desprende del problema de la determinación de los fines. Éstos se hallan en una “caja negra”.

Es cuando aparece una nueva definición de economía que, aunque se transformará en la predominante, aún convive con la antigua. Como ha señalado Ronald Coase, hay dos tipos de definiciones de ciencia económica;⁵¹ las primeras son las definiciones que enfatizan el estudio de ciertos tipos de actividades humanas, y las segundas hacen de la ciencia económica el estudio de una cierta perspectiva de todas las elecciones humanas. Phelps Brown las llama definiciones de economía “determinadas por el campo” y “determinadas por la disciplina”.⁵² El ejemplo paradigmático de esta última es la formulada por Robbins, que se ha transformado en canónica: “La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación”.⁵³ Es decir, la economía es la ciencia de una visión particular de la elección supuestamente humana. De este modo, la ciencia económica se transforma en una ciencia “determinada por la disciplina”. Es “determinada por la disciplina” porque su objeto de estudio ya no es un campo relacionado con las necesidades humanas materiales, con la producción y la distribución. Pasa a ser la elección, cualquier elección, en cuanto requiere una adaptación de medios a fines dados, un aspecto, punto de vista o perspectiva de aproximación a cualquier acción humana. Así toma un lugar primordial entre el resto de las ciencias sociales. Resultan proféticas las agudas reflexiones de Robert Scoon, ya en 1943, acerca de la definición de Robbins:

Sostengo que si se definiera la ciencia económica de este modo, incluiría lo político, lo militar, lo legal, lo médico y todo lo moral apoyado en bases utilitaristas; y entonces desaparecería la utilidad de la definición en cuanto a distinguir la ciencia económica de otras disciplinas. Elegir no es una actividad específicamente económica, y la introducción de la escasez no altera la situación.⁵⁴

⁵⁰ Robbins, Lionel, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, Macmillan, 1935 (3a. ed., 1984). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, trad. de Daniel Cosío Villegas, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955; *cf.* [1935] 1984, p. 30 y 1951, p. 55.

⁵¹ Coase, Ronald H., “Economics and Contiguous Disciplines”, *The Journal of Legal Studies*, 7/2, 1978, pp. 201-211.

⁵² *Ibidem*, p. 7.

⁵³ *Ibidem* [1935] 1984, p. 16; 1955, p. 39.

⁵⁴ Scoon, Robert, “Professor Robbins’ Definition of Economics”, *Journal of Political Economy*, 51/4, 1943, pp. 310-320.

Con la línea conceptual iniciada en Robbins, la economía se constituye en la lógica propia de toda realidad social. Este enfoque reductivista se asemeja a la descripción que hiciera Eric Voegelin de la perduración contemporánea del gnosticismo:

El cientif[ci]smo ha permanecido hasta hoy como uno de los movimientos gnósticos más pujantes dentro de la sociedad occidental y el orgullo inmanentista de la ciencia es tan fuerte que incluso las ciencias especializadas nos han dejado cada una un sedimento específico en sus diversas versiones de la salvación por medio de la Física, la Economía, la Sociología, la Biología y la Psicología.⁵⁵

La expresión que han acuñado los economistas para designar este supuesto poder explicativo de toda acción humana es “imperialismo económico”. El primero en usarla fue el economista institucionalista Kenneth Boulding, quien afirma: “Ciertamente, la teoría económica de la democracia, tal como ha sido desarrollada por Anthony Downs y otros, es muy buen ejemplo de lo que algunas veces he llamado «imperialismo económico», que es un intento, por parte de la economía, de invadir el resto de las ciencias sociales”⁵⁶.

Este programa de investigación tiene su mayor desarrollo en la Universidad de Chicago, pero se ha expandido a los restantes círculos académicos. El economista Jack Hirshleifer afirma: “Existe una sola ciencia social. Lo que brinda a la economía su poder imperialista invasor es que nuestras categorías analíticas —escasez, costo, preferencias, oportunidades, etc.— son verdaderamente universales en su aplicabilidad... Por eso la economía constituye realmente la gramática universal de las ciencias sociales”.⁵⁷ Hirshleifer no hace más que definir la tarea concreta que han encarado premios Nobel de economía como James Buchanan y Gary Becker, y otros tantos economistas prestigiosos como Gordon Tullock, Robert Tollison y Richard Posner.

¿Cuáles son los rasgos y herramientas de esta gramática universal? La concepción del hombre como auto-interesado y provisto de racionalidad

⁵⁵ *Nueva ciencia de la política*, Madrid, Rialp, 1968, p. 199 (*The New Science of Politics: an Introduction*, Chicago, The University of Chicago Press, 1952). La traducción que consta en el texto es “cientifismo”.

⁵⁶ “Economics as a Moral Science”, *American Economic Review*, LIX/1, 1969, pp. 1-12.

⁵⁷ “The Expanding Domain of Economics”, *American Economic Review*, LXXV, 1985, pp. 53-68.

económica (racionalidad instrumental maximizadora).⁵⁸ Ante la realidad de conductas que no obedecen a estos patrones, los economistas han adoptado dos respuestas alternativas. La primera es la demostración de la reductibilidad de todo fin al auto-interés y de toda racionalidad a la racionalidad instrumental. A su vez, los economistas identifican racionalidad instrumental con un tipo de ésta, la maximizadora. Es el camino seguido, por ejemplo, por Ludwig von Mises. Cuando Max Weber propone cuatro formas de racionalidad, una sola de las cuales es la instrumental —la racionalidad de acuerdo a fines—,⁵⁹ von Mises reacciona afirmando que esto es un error, y que las otras tres formas de racionalidad —de acuerdo a valores, afectiva y tradicional— son reducibles a la instrumental.⁶⁰ Por otra parte, además, sostiene que toda racionalidad es maximizadora, ya que todas las personas siempre prefieren y actúan según la mejor situación. Ésta es la postura que posibilita de mejor modo la consideración de la economía con su lógica instrumental maximizadora como lógica universal. Pero es fácilmente criticable puesto que se apoya y no expresa más que una tautología: todo acto intencional es intencional. Por otra parte, los términos economía y maximización adquieren así un significado diverso —más amplio— que el que tienen en el lenguaje ordinario. De este modo, la economía no haría más que reemplazar a la antropología filosófica con el costo de dejar de ser economía y la maximización por la racionalidad con el costo de dejar de ser verdadera maximización.

El segundo camino ha sido reconocer que hay fines que no son económicos y un tipo de racionalidad que tampoco es la económica. Sin embargo, afirman, aunque con sus limitaciones, la lógica económica restringida explica la mayor parte del comportamiento humano. Es el viejo argumento de John Stuart Mill que da origen al *homo oeconomicus*. Pero el mismo Mill señala, con mucha sensatez, que esta lógica es sólo un instrumento analítico para detectar unas causas y que de ningún modo puede aplicarse a la realidad sin reinsertar las perturbaciones reales de esas causas que fueron dejadas de lado por la ciencia abstracta.⁶¹ Es decir, en la segunda etapa, aunque se

⁵⁸ “La racionalidad es un concepto *instrumental*”, afirma Hirshleifer, *op. cit.*, p. 59 (cursivas en el original).

⁵⁹ Weber, Max, en Roth, G. y Wittich, C. (eds.), *Economy and Society*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1978.

⁶⁰ Von Mises, Ludwig, *Epistemological Problems of Economics*, Princeton, D. van Nostrand, 1960, p. 82 (*Grundprobleme der Nationalökonomie*, Jena, Gustav Fisher, 1933).

⁶¹ Cfr. Stuart Mill, John, “On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to it”, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 5th Essay, Clifton, A. M. Kelley (1844), 1974.

adopta la racionalidad instrumental y se tiende a la idea de maximización, por una parte, se aplica sólo al campo económico y, por otra, se reconoce que hay otras formas de racionalidad que hay que tener en cuenta a la hora de la aplicación concreta (Mill). En la tercera etapa se da un paso más: se considera que toda racionalidad humana es instrumental y que toda racionalidad instrumental maximiza; por eso se aplica a toda realidad humana.

El programa “aislacionista” de Mill puede ser inicialmente exitoso. Pero luego aparecen conductas como la benevolencia, el amor, la cooperación, el voluntariado, el regalo, el hábito, el gusto, como motivos de acciones económicas. ¿Cuál es la solución? La más rápida es reducir esos factores al auto-interés como se hacía directamente en la primera respuesta: por medio de la auto-satisfacción, del signo de status, del deseo de una retribución futura. A su vez, por medio de los hábitos, las rutinas, o la *racionalización* como concepto psicológico, reducimos los comportamientos aparentemente irracionales a la racionalidad económica. Pero aún puede quedar un saldo de bondad desinteresada o de irracionalidad. Abandonar este saldo, dice Hirshleifer, sería una “evasión del desafío de la ciencia”.⁶² Por eso debe seguir trabajando para completar los modelos. Éstos pueden servir además para explicar otras actividades en las que incide el, también en expresión de Hirshleifer, “carácter contagioso de la benevolencia”.⁶³

¿Cuáles son los campos de aplicación de la economía imperialista? Gary Becker hace un rápido repaso de algunos de estos en su *Nobel Lecture* de 1992.⁶⁴ Concretamente se detiene en los siguientes: la discriminación contra las minorías, el delito, el denominado “capital humano” (educación, habilidades y conocimientos) y la familia. A estos temas hay que agregar tres importantes, la política, el derecho y la religión. Son estos últimos cinco los análisis que han tenido más influencia.

En suma, en esta tercera etapa, la economía, ya independiente de la política, considera que su lógica es universalmente aplicable a la acción humana, incluida, por supuesto, la misma política. Volvemos a una convergencia de racionalidades, pero obrada mediante una absorción reductivista de la racionalidad práctica y política por la racionalidad técnica o instrumental, un concepto unívoco y limitado. La única racionalidad que de hecho rige es una racionalidad encomendada respecto a los medios, agnóstica respecto a los fines.

⁶² Hirshleifer, *op. cit.*, p. 59.

⁶³ *Ibidem*, p. 57.

⁶⁴ Becker, Gary “Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Behavior”, *Journal of Political Economy*, 101/31, 1993, pp. 385-409.

IV. LA CUARTA ETAPA: UN “IMPERIALISMO INVERSO”

En la fase previa, la economía “exporta” su racionalidad para el análisis de diversas realidades o actividades humanas. En cambio, en esta cuarta fase estamos siendo testigos de un creciente, tal como lo llama John Davis (2008 y 2011), “pluralismo de la corriente principal” o “imperialismo inverso”, consistente en un conjunto de corrientes heterodoxas que importan lógicas de fuera de la ciencia económica. No podemos analizar una a una todas estas corrientes, sólo las mencionaremos.

George Akerlof y Rachel Kranton han establecido conexiones estrechas con la sociología a través de su propuesta de una *identity economics*. Mark Granovetter, Neil Smelser y Richard Swedberg también han de ser mencionados en este contacto con la sociología. En cuanto a la psicología, *behavioral economics* ha explotado y casi es parte de la enseñanza regular en las facultades de economía. También debe nombrarse a Bruno Frey, Alois Stutzer, Ernst Fehr, Armin Falk y Simon Gächter. La neuroeconomía se basa en las neurociencias. Hay una antigua tradición de antropología económica —por ejemplo, en Karl Polanyi— que no ha perdido su vigencia y que hoy se mira con atención. También ha revivido el interés por la historia y por el papel de las instituciones. El auge de la economía experimental es otro fenómeno reciente. También ha renacido el interés por la ética en autores como Amartya Sen.

Sin embargo, dado que los paradigmas de las ciencias sociales no son fácilmente refutables de modo absoluto, siguen conviviendo diversas visiones. Como señaló Hutchinson (1976, pp. 199 y 200) las teorías económicas y sus líneas de investigación tienden a vivir por largo tiempo, de modo que a menudo coexisten teorías divergentes. No obstante, cada vez hay más y más economistas, también ortodoxos, que se toman muy en serio las contribuciones de otras ciencias. El peligro que persiste es que la economía termine “domesticando” estas racionalidades reduciéndolas nuevamente a racionalidad instrumental. Qué sucederá, aún no se sabe. Pero la tendencia es promisoría.

V. CONCLUSIÓN

El proceso de transformación de la ciencia económica determinada por el campo a una determinada por la disciplina es muy bien descrito por Ronald Coase. Para él se pueden observar dos tendencias en operación:

La primera consiste en un ensanchamiento de los límites de los intereses de los economistas en relación al objeto de estudio. La segunda es un estrechamiento del interés profesional hacia un análisis más formal, técnico, comúnmente matemático. Este análisis más formal tiende a poseer una mayor generalidad. Puede decir menos, o dejar mucho por decir, acerca del sistema económico, pero, a causa de su generalidad, resulta aplicable a todos los sistemas sociales... la ciencia económica se transforma en el estudio de toda conducta humana intencional y su ámbito es, por tanto, coincidente con el de todas las ciencias sociales.⁶⁵

Dada esta situación podemos preguntarnos si esta tendencia mejora realmente a la ciencia económica. Coase piensa que esta doble tendencia es errónea; sostiene que la ciencia económica debería estudiar las otras ciencias sociales para entender mejor el funcionamiento del sistema económico, en vez de tratar de imponer su lógica a esas ciencias sociales.⁶⁶ Es la idea de Phelps Brown: “Los estudios de los economistas deberían estar determinados por el campo no por la disciplina”.⁶⁷ Paradójicamente, las imposiciones epistemológicas a veces confunden a las ciencias.

Mi visión coincide con la de Coase y Phelps Brown. Pienso que se debe abogar por una dilatación del interés de la economía, pero no en el sentido de una dilatación del campo y de la focalización de la perspectiva, sino de una concentración en el campo propiamente económico y una ampliación de la perspectiva que lleve a considerar racionalidades diversas de la económica estándar que inciden en el hecho económico. De algún modo, se está dando recientemente algo de este cambio, que convive con una profundización de las dos tendencias señaladas. Me refiero a la cuarta etapa reseñada con, por ejemplo, la atención a la psicología por parte de la corriente de *behavioral economics* y a la neurología por parte de la *neuroeconomics*.

No basta con una vuelta de la racionalidad instrumental maximizadora a la racionalidad instrumental “a secas”. Esta racionalidad ya ha sido adaptada por el resto de las ciencias sociales y resulta insuficiente para explicar los hechos humanos. Como dice Boudon,

de modo general, la ecuación que asimila racionalidad con racionalidad instrumental es tan influyente que la inmensa literatura sobre la racionalidad producida por las ciencias sociales trata casi exclusivamente de la racionalidad

⁶⁵ Coase, Ronald H., *op. cit.* p. 207.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 211.

⁶⁷ Phelps Brown, *op. cit.* p. 7.

dad *instrumental*. Dicho de otro modo, las ciencias sociales tienden a admitir que la noción de racionalidad se aplica a la adecuación entre medios y fines, acciones y objetivos o entre acciones y preferencias. A todo lo más que se contentan es a reconocer que la racionalidad puede tomar también la forma de exigencia de coherencia o transitividad de los objetivos o de las preferencias. Pero se niegan a aplicar la categoría de racionalidad a los contenidos de las preferencias y objetivos.⁶⁸

Ahora bien, este procedimiento no es adecuado al objeto de estudio de las ciencias sociales. Como dice Milan Zafirovski,

una forma particular de racionalidad, *videlicet* instrumental, utilitaria, egotista o hedonista es fundida con el comportamiento racional como un todo... El procedimiento de disolución comete la que puede denominarse falacia de abstracción o generalidad inapropiada, porque iguala ilegítimamente la particularidad de un componente, la racionalidad instrumental, con la universalidad del todo, el comportamiento racional.⁶⁹ Es decir, esto no es apropiado ni para la economía, ni para ninguna de las ciencias sociales.

La economía, como la política, es una ciencia prudencial que ha de tener en cuenta factores institucionales, culturales y morales aparte de los técnicos. Debe incorporar racionalidades diversas de la instrumental. En cambio, la aplicación universal del punto de vista económico para la explicación de toda conducta humana no responde a la realidad del hombre y conduce a un rebajamiento de su condición. En este sentido, parece deseable una vuelta a la égida de la política, entendida en el sentido de ciencia del bien humano.

Una objeción que se podría hacer es que bastaría con que la economía fuera una buena técnica, que hiciera un buen trabajo de adaptación de medios a los fines que le señale la política. Pero este razonamiento supone una concepción incompleta del acto humano. En efecto, un acto que no considera los fines es un acto truncado. Más aún, sin fin no hay acto.⁷⁰ Como señala agudamente el viejo economista Frank Knight, los fines dados no son fines; los fines se redefinen en el curso de la misma acción.⁷¹ Es decir,

⁶⁸ Boudon, Raymond, "Théorie du choix rationnel, théorie de la rationalité limitée ou individualisme méthodologique: que choisir?", *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, 14/1, 2004, pp. 45-62.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 4 y 5.

⁷⁰ Profundizo esta cuestión en mi trabajo "'Practical Comparability' and Ends in Economics", *Journal of Economic Methodology*, 14/3, 2007, pp. 371-93.

⁷¹ Knight, Frank H., *On the History and Method of Economics*, University of Chicago Press, 1956, pp. 128 y 129.

en el acto económico no sólo se da una adaptación de medios a fines, sino, y más a menudo, una adaptación de fines a medios. Como bien ve Hannah Arendt, el *homo economicus* es más “actuante” que productor, y el intercambio pertenece más al campo de la acción que al instrumental.⁷² Ergo, el economista no puede ser sólo un técnico. Debe tener la capacidad de entender y discriminar entre fines, así como los criterios políticos acerca de los fines firmemente incorporados.

Lionel Robbins, el mismo que definió tan estrecha (en cuanto a la racionalidad) y ampliamente (en cuanto al campo) a la economía, advirtió esto muchos años después y recomendó:⁷³

debemos estar preparados para estudiar no sólo los principios económicos y la economía aplicada; debemos estar preparados para estudiar también muchas otras disciplinas. Debemos estudiar filosofía política. Debemos estudiar administración pública. Debemos estudiar derecho. Debemos estudiar historia, la cual, aunque no da reglas para la acción, dilata nuestro espectro de posibilidades. Debería afirmar, además, que también debemos estudiar las obras clásicas de la literatura, preciosa herencia en la que se expresan las mejores experiencias y aspiraciones de la raza; un hombre puede aprender más cosas relevantes al estudio de la sociedad de los grandes dramaturgos y novelistas que de cien libros de psicología, por más valiosos que ellos sean a veces.⁷⁴

En su discurso presidencial a la Royal Economic Society también se refirió a este tema.⁷⁵ Allí señaló la necesidad de estudiar, además de los principios y la historia económica, “complemento esencial —ésta última— de la ciencia económica en todos los niveles”, la política —organización política e historia del pensamiento político—, y la historia como marco de la historia económica y de la política.⁷⁶ Se queja del excesivo especialismo, y opina que sólo se debería estudiar economía en una segunda etapa, luego de una cierta experiencia de la vida: “hay una marcada diferencia entre la enseñanza de

⁷² Cfr. Hannah, Arendt, *La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1993, pp. 209 y 232 (*The Human Condition*, Chicago, The University of Chicago Press, 1958).

⁷³ Robbins tuvo a cargo, en su carácter de *Chairman* del Board of Studies in Economics de la London School of Economics and Political Science, el estudio de la reforma de los planes de la carrera de economía.

⁷⁴ Robbins, Lionel, “The Economist in the Twentieth Century”, *Economica*, 1949, p. 17 (recogido en el libro homónimo, Londres, Macmillan, 1956).

⁷⁵ Robbins, Lionel, “The Teaching of Economics in Schools and Universities”, *The Economic Journal*, LXV, 1955, pp. 579-593.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 586 y 587.

estudios sociales a jóvenes recién egresados del colegio y aquellos que han tenido dos años de servicio en las Fuerzas Armadas; tanto como la que hay entre los estudiantes diurnos, sin conocimiento de mundo, y los del turno noche, que vienen de la calle”.⁷⁷

Esto no significa que el economista se independice del político, sino al contrario, que trabaje en estrecha relación con él. El economista debe volver a considerar que su ciencia es más que una técnica, una ciencia moral y política. A su vez, el político debe entender que los medios son limitados y que no todo es posible. Necesitamos, en suma, un político con formación económica y un economista con formación política, que manejen lenguajes y criterios comunicables y que acuerden objetivos. Parece un ideal utópico; quizá lo sea. Pero a la luz de la evolución de las ideas, no puedo dejar de proponerlo.

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 582 y 583.